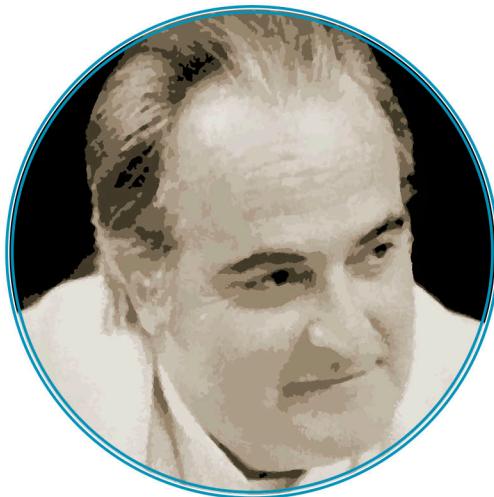


JULIÁN VILLANUEVA

IGNACIO
GALOBART
SATRÚSTEGUI

VIDA DEL PADRE NACHO,
PASTOR DEL CAPANAPARO



Solo quien se gasta por amor descubre que el sacrificio no empobrece, sino que transforma la vida en un milagro cotidiano.

JULIÁN VILLANUEVA

*Ignacio Galobart
Satrústegui*

*Vida del padre Nacho,
pastor del Capanaparo*

SEKOTIA

SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

©Julian Villanueva Galobart, 2026

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2026

Primera edición: enero de 2026

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD

Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

info@almuzaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Liber Digital

ISBN: 979-13-87812-29-4

Depósito legal: CO-2098-2025

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*A todos los hijos de crianza y ahijados
del padre Nacho, a todos los antiguos alumnos
y a todos los benefactores de la*

Escuela Granja Urañón

ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA	9
AGRADECIMIENTOS	13
CAPÍTULO 1. INFANCIA Y JUVENTUD.....	17
Juan y Maité.....	20
La guerra civil española	23
El espíritu de una generación truncada.....	27
Después del fuego, el hogar	33
Los orígenes de la familia Galobart Satrústegui	34
Vida social y vacaciones.....	36
Amistad con la monarquía.....	42
La «época de las vacas flacas»	44
CAPÍTULO 2. EN BUSCA DE UNA VOCACIÓN.....	47
Casa de Maternidad e Inclusa de Navarra	50
Vocación al sacerdocio.....	59
La muerte de Maité.....	63
CAPÍTULO 3. LA ESCUELA GRANJA URAÑÓN.....	67
«Déjalo todo y ségueme»	68
Los hermanos Pardo Maica y la Fundación de Internados Rurales...	72
Junto al Capanaparo.....	77
El plan de estudios.....	83

CAPÍTULO 4. ENTRE HABANOS Y AREPAS.....	89
Colombia, 1975.....	89
Cumaná	91
Un padre de familia poco convencional.....	96
Sacerdocio	102
Viaje a España	107
Párroco en Biruaca	114
CAPÍTULO 5. VUELTA AL CAPANAPARO	119
«Unos por otros y Dios por todos».....	119
Más hijos de crianza.....	124
Un hermano en Caracas	136
El día a día de la escuela granja	142
La administración y la gestión del personal	152
Oración y apostolado de amistad	158
La familia Sader Perruolo.....	168
Las graduaciones.....	175
La Virgen de Betania.....	180
Una visita inesperada	184
CAPÍTULO 6. EL PESO DE UNA VOCACIÓN VIVIDA	189
Los agobios económicos	189
Enfermedad y tristeza	196
Su última carta	199
«Me voy»	202

NOTA INTRODUCTORIA

Nadie elige su vocación para que otros escriban un libro sobre su vida. Y, después de su partida de este mundo, aún les importará menos. Somos los vivos los que, de aquellos que sobresalen, para bien o para mal, queremos saber más. Suelen ser actores de grandes gestas, personas públicas, envidiadas u odiadas. Cuando, en realidad, la biografía útil ha de ser la de la persona que nos enseña una manera particular de amar.

En un momento de la historia donde muchos miran a los sacerdotes con recelo, sospechando de ellos por el simple hecho de llevar una sotana, yo quiero reivindicar el gran ejemplo de la inmensa mayoría. Resulta muy doloroso ver que la oscura sombra de unos pocos se proyecte sobre los muchos que han hecho tanto bien. Tanto bien realizado sin aspavientos, sin campañas publicitarias, sin buscar protagonismo, simplemente entregando su vida a los demás. La generalidad de quienes han recibido el orden sacerdotal lo han hecho movidos por una motivación profunda, una auténtica pasión de amor hacia el prójimo. Esta historia es testimonio de uno entre tantos.

La escribo como un pequeño tributo a todos los sacerdotes, especialmente a los misioneros. Pero también como ejemplo que pueda iluminar a tantos jóvenes en búsqueda de una vocación. Tengo la suerte de que en mi familia siempre se ha considerado un orgullo tener un hijo sacerdote, aunque el padre Nacho fue el primero después de muchas generaciones.

Este libro relata la historia de una vocación tardía o, tal vez, la de alguien que durante años se resistió a ella, dudando y sufriendo en la incertidumbre, hasta que finalmente decidió abrazarla y abandonarlo todo para entregarse plenamente al servicio de los demás, en especial de los más pobres y marginados. Es, además, una reflexión sobre el celibato y el matrimonio, ya que la vocación del padre Nacho fue en gran medida fruto del amor de sus padres, y porque él fue especialmente sensible no solo a la pobreza material, sino también a la espiritual de tantos niños abandonados —almas que no tuvieron la fortuna que él sí tuvo—. Esta historia nos enseña que incluso los más grandes tienen defectos y que todo camino digno de recorrerse está lleno de contrariedades y sufrimiento, porque darse a los demás desgasta profundamente. Pero ese desgaste, aunque duela, quizá sea el único modo para alcanzar la verdadera alegría.

Nunca entró en mis planes escribir un libro sobre la vida de un tío mío. Pero ahora, treinta años después del fallecimiento del que fuera el padre Nacho, quiero pensar que fue la Providencia Divina la que puso en mi corazón este deber. Lo conocí brevemente cuando, en 1983, se quedó unos días en mi casa. No volví a verlo ni a hablar con él, pero aquel breve encuentro me impactó profundamente. Recuerdo cómo nos mostraba a sus sobrinos, entonces niños, unas cicatrices de mordiscos de pirañas. Ver a aquel sacerdote corpulento, enorme, vestido con una sotana blanca impecable, resultaba verdaderamente impresionante. También quedó grabada en mi memoria la imagen de sus hermanos disfrutando intensamente de él, aprovechando aquellos escasos días a su lado. Tanto es así que años más tarde, cuando supe que dos de mis primos irían a visitarlo a Venezuela, quise acompañarlos. Pero acababa de empezar en mi primer trabajo y no me pareció oportuno pedir vacaciones. Pensé que podría visitarlo uno o dos años después, pero Dios decidió llevárselo antes.

Su fotografía, impresa como recordatorio de su funeral, me acompañó durante casi toda mi vida profesional. Podía pasar meses sin mirarla, pero allí estaba, en mi escritorio. De vez en cuando me preguntaba cómo era posible que supiese tan poco sobre él. Buscaba en internet, pero no encontraba ni rastro de su legado. Preguntaba a familiares, y los datos sobre su labor en Venezuela eran escasísimos. ¿Cómo podía ser que un hombre que hizo tanto bien fuese tan desconocido? Esa pregunta regresaba una y otra vez, pero yo no conseguía encontrar nada. ¿Murió quizás demasiado pronto, antes de la llegada de internet, quedando sus recuerdos relegados a periódicos venezolanos ya extintos? ¡Qué pena pensar que toda una vida pudiera caer en el olvido! ¡Qué tristeza que en nuestra propia familia supiésemos tan poco sobre él!

Fue a principios de 2024 cuando coincidieron tres hechos que de alguna manera me llevaron a escribir este relato, sin antes haberlo planeado. El primero fue que mi tía Ana y mi primo Alejandro me dijeron que mantenían contacto con uno de sus ahijados, quien en realidad había sido un «hijo de crianza», término hasta entonces desconocido en la familia. El segundo, que encontré en un grupo de *Facebook* una fotografía suya, repleta de comentarios llenos de cariño y admiración. Y el tercero, que mi prima Elena compartió conmigo algunas cartas y documentos sobre él, cuidadosamente guardados por su madre, mi queridísima tía Lourdes.

Parecían demasiadas coincidencias, así que me puse manos a la obra. Primero hablé con Leonardo Cabello y poco después con Javier Silva, otro de sus hijos de crianza y verdadero catalizador del reencuentro de tantos «urañoneros». A través de Leonardo, Javier y varios contactos realizados por *Facebook*, fui llegando a más personas que lo habían conocido en aquellas tierras. Aprovechando la diferencia horaria, realicé numerosas videoconferencias por *WhatsApp* al acabar mi jornada laboral y durante los fines de semana. Al tirar de un hilo encontraba

otro, colecciónando así anécdotas entrañables, divertidas y también tristes, pero todas llenas de admiración.

La ilusión que percibí en las personas entrevistadas, especialmente en aquellas que más lo quisieron, me convenció definitivamente de que su historia merecía ser contada. Pensé, quizás de manera egoísta, que mis hijos, hermanos, primos y sobrinos debían conocer este ejemplo de vida. Una vocación tan extraordinaria, la de un hombre tan formidable y cercano a nosotros, no debía quedar desdibujada en nuestra memoria.

El último año y medio, intensificado especialmente durante mis vacaciones estivales y navideñas, ha sido una experiencia profundamente enriquecedora para mí. He conocido a quienes el padre Nacho amó tanto; personas que, si Venezuela hubiera seguido un camino de progreso económico, vivirían hoy con muchas comodidades. Pero las desgracias de aquel país han provocado que todos ellos tengan carencias que en Europa consideraríamos intolerables. He entrevistado a ahijados e hijos de crianza, maestros, alumnos, benefactores, funcionarios públicos, cocineras e incluso hijos de antiguos gobernadores; personas que, pese a las limitaciones materiales en Venezuela, me han demostrado la grandeza de su corazón. A ellos les debo todos estos testimonios.

Desgraciadamente, es de su juventud de donde he podido recoger menos información. Hoy solo dos de sus trece hermanos viven, y entre ellas y el padre Nacho existía una gran diferencia de edad. Sin embargo, he querido incluir todo aquello que pude encontrar sobre el ambiente familiar en el que creció, atendiendo así a la petición de varias personas a quienes entrevisté. Para ellas supone una novedad descubrir algunos detalles sobre todo aquello a lo que él renunció. Todo aquello a lo que renunció por amor a ellos. Para quienes vivimos a este lado del Atlántico resultará más interesante su vida allí, en el Llano venezolano, donde verdaderamente se ganó el cielo.

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas a quienes debo agradecimiento por la elaboración de este libro. Todas ellas conocieron al padre Nacho mejor que yo y compartieron generosamente conmigo numerosas anécdotas, recuerdos y rasgos de su personalidad, permitiendo que, poco a poco, emergiera una vida llena de matices antes desconocidos.

En primer lugar, he de dar las gracias a mi madre y a mi tía Ana, quienes me revelaron detalles de aquellos primeros años antes de que el padre Nacho partiera hacia Venezuela, y cómo mis abuelos vivieron la vocación singular de un hijo tan distinto a los demás. Mi tía Inma fue especialmente valiosa, al ser la única persona viva de la familia que lo trató en Venezuela y que visitó varias veces su misión. Mis primos Alejandro y Pablo Galobart fueron los últimos de la familia en tener contacto con él. Jaime, hijo del hermano más cercano al padre Nacho, compartió conmigo recuerdos entrañables sobre nuestro tío, y mi prima Elena Darna puso generosamente a mi disposición cartas y artículos conservados por su madre.

Quizá lo más difícil fue encontrar en España a amigos y ahijados del padre Nacho, pero encontré a sor Socorro, la única religiosa aún con vida del orfanato de Pamplona. Fue particularmente emotivo hablar con Javier Latasa, uno de sus ahijados, criado con afecto por aquellas religiosas, así como con Mateo Viguria, otro niño de entonces, hoy ya adulto y lleno

de simpatía. También pude contactar con algunos hijos de los amigos más cercanos al futuro misionero durante sus años de estudio en Barcelona: José María Juncadella, Fernando Rodés y Marcelino Coll.

Qué gran alegría supuso localizar a Ana Beatriz Perruolo y Álvaro Sader, propietarios de uno de los hatos cercanos a la Escuela Granja Urañón, quienes tanto apoyaron al padre Nacho en su misión. Lamentablemente, muchos de sus antiguos benefactores ya han fallecido, pero pude conversar con los hijos de dos antiguos gobernadores de Apure que lo apreciaron profundamente: Eduardo Hernández-Carstens y Armando Michelangeli. También tuve la fortuna de hablar con Javier Sierra y Virginia Lapiedra, hermano y cuñada del padre Sierra, principal impulsor de las escuelas Fe y Alegría en los años 70, quien acogió al padre Nacho en Apure y lo introdujo en la labor educativa de las escuelas granja.

Lo más emocionante de este camino ha sido conocer, aunque fuese a través del teléfono, a antiguos estudiantes y trabajadores de la Escuela Granja Urañón, a orillas del río Capanaparo. Entre esa maravillosa comunidad de antiguos alumnos debo destacar especialmente a los hijos de crianza del padre Nacho. Fue conmovedor conversar con los hermanos Leonardo y Daniel Cabello, quienes, tras la muerte de su madre, encontraron en él un padre excepcional. Mi especial agradecimiento para Javier Silva, quien facilitó el contacto con el resto de hijos de crianza aún vivos, ahijados y antiguos alumnos y trabajadores, además de impulsar el reencuentro entre ellos treinta años después. Hablé también con el entrañable Henry Marcano, quien afirma con gracia haber sido el favorito del padre Nacho, y con Nelson Franco, que compartió conmigo preciosas anécdotas y diversos escritos de su padre de crianza. Por último, no puedo dejar de mencionar con afecto a la familia Morales, sus últimos hijos de crianza: José, Freddys y Martín. Y, cómo no, a su hermana Mirna, que tuvo que renunciar a la escuela para

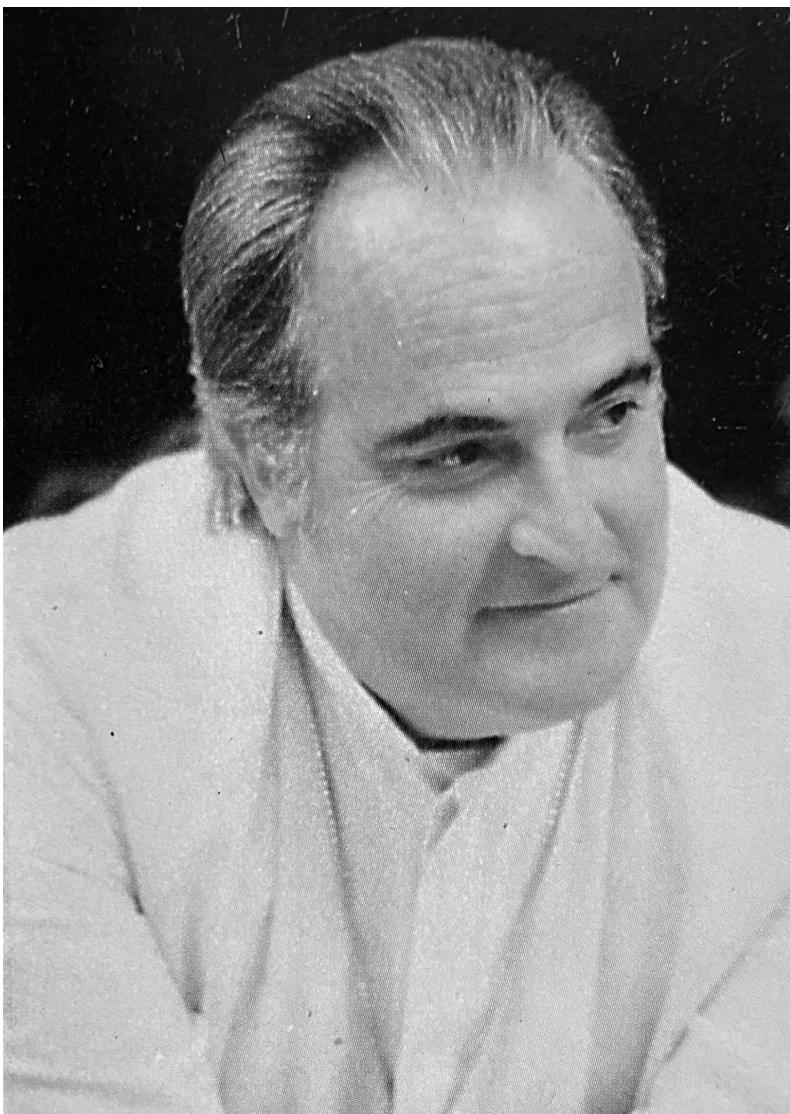
cuidar a su madre enferma, y que es una de las mayores fans de nuestro protagonista.

Javier Silva pudo entrevistar también a Nelson Maica, quien aún reside junto a lo que fue la Escuela Granja de Urañón. Javier organizó una visita junto a amigos a las ruinas de su antigua escuela, enviándome fotografías y videos muy valiosos. Conversé además con Erasmo Maica, antiguo secretario del padre Nacho, con Domitila, nieta de doña María Garrido —quien en Biruaca apoyó al padre Nacho en labores domésticas y que hizo de abuela de los pequeños Cabello—, con Trina Castillo, cocinera de la escuela granja, y con Juan Ángel Mejías, antiguo trabajador. Juze García, ahijado del padre Nacho, me relató con mucho cariño sus recuerdos de la infancia, las travesías por el río Orinoco acompañando a su padre y la emoción al recibir su primera bicicleta, regalo de su padrino.

Otros muchos, hijos de amigos y antiguos alumnos que aportaron valiosas anécdotas, fueron Javier Álvarez, Ronny Roy Romero, Yuly Orasma Sidran, Vicente Parada, Marilís Ascanio, Elaine González y Ana Flores, entre otros. Además, Orlando Contreras, antiguo inspector del Ministerio de Educación, y Vicente Rivas, subdirector de la escuela entre 1983 y 1989, me ayudaron a comprender mejor cómo funcionaba aquella singular iniciativa en plena Amazonía venezolana.

Mi gratitud también al padre Ender Moissant y al padre Carlos Macías, sacerdotes de la diócesis de Apure, quienes me enviaron documentación y anécdotas adicionales sobre el padre Nacho.

Finalmente, agradezco de corazón a mi cuñada Rocío Aguilar, a mi mujer, Victoria Urbina, y a mi padre, quienes revisaron pacientemente el manuscrito final y me hicieron numerosas y valiosas correcciones y observaciones.



CAPÍTULO 1

INFANCIA Y JUVENTUD

Treinta años después de su muerte, en Apure aún se evoca con cariño y admiración al padre Nacho. Dejó en esas tierras a muchos hijos de crianza, ahijados y antiguos alumnos educados en su querida Escuela Granja Urañón, a orillas del río Capanaparo. Su gran estatura, su tez clara, su sotana blanca, su autoridad e incluso su fuerte carácter impresionaron a muchos. Por eso, algunos lo llamaban «el padre blanco». Es imposible que quienes lo conocieron no afloren una sonrisa, un sentimiento de gratitud y la memoria de aquella muletilla que solía usar: «Eh...». Dejó un recuerdo imborrable en aquel Llano venezolano, sacó a docenas de chicos de las garras de la calle y dio educación a centenares de jóvenes del medio rural. Con todos sus defectos, que los tuvo, nadie dudó de la autenticidad de su amor. Esa fue su grandeza.

El pueblo del Llano pronto se percató de que sus modales revelaban que había dejado atrás una vida llena de comodidades para dedicarse por entero a los demás, especialmente a los más vulnerables, a los «descartados» por la sociedad. Esa fuerte impresión en muchos llevó a la creencia popular de que tenía sangre real. En *Facebook* se pueden encontrar comentarios que sugieren esa divertida teoría: «sus padres eran reyes en España» o «era hermano de la esposa del rey Juan Carlos». La verdad es menos glamurosa, aunque mucho más bonita.

Cierto es que el padre Nacho nació en una familia española acomodada. Muchos lo consideran una bendición, una gran suerte, pero a los ojos de Dios esto no siempre es un don. Los autores cristianos han sostenido que la riqueza no es buena compañera de viaje en nuestro camino hacia el cielo. Aunque resulta evidente, como el mismo padre Nacho pronto descubriría, que un mínimo de bienestar material es fundamental para un adecuado desarrollo humano y espiritual. En cualquier caso, su gran suerte fue llegar al mundo en una familia unida, con unos padres que se querían, algo que hoy es difícil de ver. Ese sí fue un gran regalo.

Para los que lo trataron en Venezuela, descubrir los detalles de su pasado podría ser clave para entender la magnitud de su sacrificio. Para los que lo conocieron en España, acercarse, aunque sea mínimamente, a todo el bien que hizo al otro lado del Atlántico resultará emocionante. Es preciso, pues, comenzar la historia por el principio.

Ignacio Galobart Satrústegui nació en Barcelona el 21 de febrero de 1934, siendo el quinto de 13 hermanos. Es probable que su nombre fuera elegido en honor del primo de su madre, Ignacio Satrústegui, o por la cercanía y cariño de la familia hacia el carisma jesuítico. Sus padres eran Juan Galobart Senchermés y Maité Satrústegui Petit de Meurville. La pareja se había casado en 1925 y, tras perder su primer hijo en el embarazo, un médico de esos aficionados a profetizar les dijo que no podrían tener más. Es el problema de los profetas modernos: se suelen equivocar el 50 % de las veces.

Ignacio seguramente vino al mundo en la casa de la familia, situada en Travessera de Dalt, 102. Torre Galobart era grande y moderna. Diseñada por los famosos arquitectos Le Corbusier y José María Sert, se situaba en el barrio de la Salud. Maité y Juan

la habían mandado construir junto a la de los padres de él, que se sentían solos y les donaron el solar. Por su hogar debieron pasar familiares y amigos a celebrar la llegada del nuevo vástago. La madre de Ignacio, Maité, era una mujer radiante a la que le encantaba agasajar a sus invitados y fue muy querida por familiares y amigos. Ella llenaría de luz aquel hogar.



Famlia Galobart Satrústegi: Ignacio es el segundo empezando por la derecha.

Los Galobart eran menos numerosos que los Satrústegui, pues Juan solo tenía una hermana, Carmen, entonces viuda. Y un solo sobrino, Esteban. La tía Carmen sería la primera en disfrutar de aquella numerosa familia que ella no pudo construir. El abuelo paterno de Ignacio ya había fallecido, pero su abuela Adela seguía viviendo. Los Satrústegui, sin embargo, eran todo un clan, distribuidos entre San Sebastián y Barcelona.

JUAN Y MAITÉ

La semilla de la vocación al celibato suele germinar en un ambiente familiar propicio. Es necesario adentrarnos, aunque sea de soslayo, en el amor de los padres de Ignacio y en cómo construyeron su pequeña iglesia doméstica. Si los hijos no experimentan el amor en su propia casa, será muy difícil que les salga de dentro cuando les toque a ellos darse a los demás. Allí quizás radique la principal causa de que haya hoy en el mundo desarrollado tan pocas vocaciones al sacerdocio.

Juan y Maité se conocieron en una feria de automóviles, a mediados de los años 20. En aquella época, los coches eran importados y de un coste elevado. Ya empezaban a lanzarse algunos modelos icónicos y se habían convertido en auténticos objetos de deseo. Juan se quedó prendado de Maité y, para presumir de que ya tenía cierto poder adquisitivo a pesar de su juventud, decidió comprar un impresionante vehículo y la invitó a dar un paseo. Pero ella, manteniendo alta su dignidad, le respondió que ni soñando iría en coche con él y que aquel artefacto era espantoso. El pobre Juan debió quedarse muy chafado. Pero el caso es que a ella le hizo gracia el joven y, de alguna manera, empezaron a salir. Como sosténía el filósofo Ortega y Gasset: «En la elección de la amada, hacemos, sin saberlo, nuestra más verídica confesión». El paso del tiempo confirmó que ambos hicieron una excelente elección.

En aquellos tiempos, el padre de la novia debía aceptar al novio, tradición que, por desgracia, se ha perdido. Estará de acuerdo el lector senior en que los padres de las novias suelen tener más criterio que ellas mismas en temas de amor. El caso es que Maité presentó a Juan a su padre, Jorge Satrústegui. El futuro suegro llevó al joven Galobart a un asador donostiarra, donde servían unas increíbles chuletas de ternera. El producto en cuestión se asaba entre otras dos piezas de carne, que se dejaban chamuscar para amortiguar el golpe de calor. Solo se

comía la del medio. Jorge quería comprobar si el joven aspirante podía acabar con el manjar él solo, y pudo. Definitivamente eran otros tiempos.

Juan era entonces un profesional de éxito. Una prima suya decía de él que «había estudiado en la escuela alemana y su cabeza era como una moderna computadora. Dominaba los idiomas castellano, catalán, alemán, inglés y francés». Esta olvidó que hablaba también latín. Para entonces, era ya agente de cambio y bolsa, al igual que su padre. Este oficio, hoy desaparecido, solo podía conseguirse después de un exigente examen, pero aquellos que lo lograban generalmente se aseguraban muy buenos ingresos de por vida. Era un hombre muy exigente consigo mismo y de una gran integridad moral.

Maité, como muchas otras chicas de la aristocracia de la época, no tenía estudios universitarios, pero hablaba francés de manera fluida, era extremadamente culta y tocaba muy bien el piano e incluso, algo curioso, el acordeón¹. Sus hijos decían de ella que siempre trataba de ser positiva, ver la bondad en los demás y lo bello en la vida. Era menos rígida que su marido, un buen contrapeso que Juan valoraría mucho.

Pero lo más bonito de esa pareja no fue que él ganara más o menos dinero o que fueran más o menos elegantes. Lo más bonito fue que se querían con locura y que siempre fueron fieles el uno al otro. Tere Pineda, una amiga de la familia, comentaba que en más de una ocasión los había visto bailar juntos un vals en el salón de su casa y que, de pequeña, pensaba que así de románticos serían todos los matrimonios. El tiempo le demostró que, por desgracia, no todas las parejas cuidan igual de bien el jardín de las promesas que un día cultivaron con esmero.

Así, con sus virtudes y defectos, es indudable que Juan y Maité hicieron de su hogar un templo. En el libro del Génesis

1 Probablemente la trikitixa, un acordeón pequeño. Este instrumento de viento ha sido utilizado en el País Vasco desde el siglo XIX.

se narra cómo Dios formó a la mujer a partir de la costilla de Adán. En el idioma hebreo, el término **צְלָא** (Tzela) se traduce como «costilla» y, a su vez, se utiliza para referirse a un muro de soporte. De esta manera, hombre y mujer, al formar una familia en la que puede germinar el amor humano, crean su propio templo, contribuyendo a la obra creadora divina.

Dios quiso que el amor entre un hombre y una mujer necesite de un impulso inicial y de otro de menor intensidad, aunque más sostenido. Por eso nos dotó de la capacidad de asombro. Cuando Adán vio a Eva por primera vez, dijo: «Esta sí es hueso de mis huesos y carne de mi carne» (Gn 2-23). Hoy habría dicho: «¡Menuda belleza!» Algo parecido sintieron Juan y Maité cuando se conocieron en aquella feria.

Pero para que un matrimonio dé muchos frutos y sea feliz, ese asombro inicial debe transformarse en admiración del otro o, mejor, en fascinación. El asombro supone una sorpresa inicial que nos deja inmóviles, mientras que la fascinación nos atrae a la otra persona. El asombro puede tener reservas o incluso miedo ante lo desconocido; la fascinación es una fuente de alegría. Hay muchas anécdotas en la familia que cuentan cómo a Juan le fascinaba Maité y cómo a Maité le fascinaba Juan. Debieron tener sus dificultades, seguro, pero estas no agrietaron los cimientos de su unión. Juan habría secundado las palabras de C. S. Lewis en *Una pena en observación*, escrito tras la pérdida de su esposa:

Y es que una buena esposa ¡contiene en su entraña a tantas personas! ¿Qué es lo que no era H². para mí? Era mi hija y mi madre, mi alumna y unión entre esas personas, mi camarada de fiar, mi amigo, mi compañero de viaje, mi colega de «mili». Mi amante, pero al mismo tiempo todo lo que ha podido ser

2 C. S. Lewis publicó el libro bajo un pseudónimo y se refirió a su esposa como H, pues su primer nombre era Helen, aunque se le conocía como Joy Gresham.

para mí cualquier amigo de mi propio sexo (y los he tenido buenos). Tal vez incluso más. Si no nos hubiéramos enamorado, no por eso habríamos dejado de estar siempre juntos, y habríamos sido piedra de escándalo.

A eso me refería cuando una vez le encomiaba a ella sus «virtudes masculinas». Pero enseguida me paró los pies preguntándome si a mí me gustaría ser ensalzado por mis virtudes femeninas. Fue una buena réplica, querida.

Juan y Maité, conocedores de que solos no podían sacar a sus 13 hijos adelante, eligieron para su familia el lema de «Unos por otros y Dios por todos». Lema que Ignacio utilizaría años más tarde para la Escuela Granja Urañón. Cristina, una de las hijas menores, con su agudo sentido del humor, solía escandalizar a sus padres y hermanos diciendo que el lema debería ser en realidad «Unos contra otros y Dios a por todos».

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Hay expertos que sostienen que, explorando de manera consciente el inconsciente, una persona es capaz de recordar sucesos de cuando estaba en el vientre de su madre. Incluso hay individuos que aseguran recordar cosas que impactaron a sus padres cuando aún eran bebés. Sea esto cierto o no, lo que sí sabemos es que los humanos vamos formándonos desde la más tierna infancia no solo en la lógica, la memoria o los modales, sino que también desarrollamos nuestra inteligencia emocional y nuestro carácter. La educación recibida, el amor, los miedos, los ejemplos de unos y otros y un largo etcétera de sucesos que van dejándonos huella hacen que algunos lleguen a la vida adulta como auténticos «analfabetos emocionales», mientras otros están mejor equipados para gobernar sus afectos. C. S. Lewis sostenía que «cuando llega la edad del pensamiento reflexivo, el alumno que ha sido formado en los “afectos ordenados” o

“sentimientos adecuados” encontrará fácilmente los primeros principios de la Ética; pero para el hombre corrupto serán imposibles de ver y no podrá progresar en esa ciencia».

Este analfabetismo afectivo, que hoy existe incluso en las capas sociales más altas, o quizá especialmente en ellas, es lo que explica en gran medida el fracaso de tantas parejas. Pero resulta evidente que todos llevamos nuestras «mochilas», más o menos pesadas, y que parte de esa carga se debe a los desafíos que enfrentaron nuestras familias cuando éramos niños.

Por eso hemos de entender en qué ambiente vivió la familia Galobart durante los primeros años de nuestro protagonista. Cuando Ignacio nació, el país atravesaba un ambiente de preguerra, que tenía muy preocupado a cualquier individuo mínimamente informado. En 1934, España estaba en la II República, desde que en 1931 el rey Alfonso XIII abandonara el país. Juan y Maité vivieron esta fase de la historia de España con gran preocupación, ya que ellos eran personas de ideas políticas conservadoras y muy cercanas a la monarquía. De hecho, junto a otros españoles con recursos, apoyaron económicamente al rey en el exilio. Además, España había salido del siglo XIX muy tocada, pues fue quizá la época más nefasta de su historia y los nervios de la población estaban a flor de piel. Como bien explican algunos filósofos e historiadores, el carácter español es sumamente peculiar y diferente al de otros países europeos. El español es menos dado a la lógica o al pensamiento crítico que el alemán o el francés, y es más emocional. Ese carácter emprendedor y pasional es el que quizá explique parte de los grandes hitos en la historia de nuestra nación, como puede ser la conquista del Nuevo Mundo.

Pero las emociones no siempre son buenas consejeras. Desde el principio de la II República, los distintos partidos políticos se enzarzaron en peleas que solo consiguieron dividir aún más a la población. La izquierda tenía una fijación contra la Iglesia católica, a la que acusaba de gran parte de los problemas de la

época. En el primer Gobierno de Alcalá Zamora se suspendió el presupuesto de culto y clero y se expulsaron del país a diversas órdenes religiosas, entre ellas a los jesuitas. La joven pareja había elegido esta orden para educar a sus hijos en el colegio de San Ignacio en Barcelona, por lo que sufriría especialmente con esta persecución.

En mayo de 1931, grupos de exaltados quemaron iglesias y conventos en toda España, movilizados por los partidos de izquierda y por los anarquistas. Este suceso enfureció a los católicos, no solo porque se atentara contra la Iglesia, sino porque el Gobierno nada hizo para impedirlo. En definitiva, la hostilidad hacia el que pensaba diferente, la historia reciente de declive del país, la escasez de políticos de altura moral y el carácter emocional español imposibilitaron la coexistencia amistosa entre la derecha y la izquierda.

Poco tiempo después del nacimiento de Ignacio, en octubre de 1934, la situación política se deterioró gravemente. Después de que la CEDA, un partido de derechas, ganase las elecciones, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) se reveló y dio un golpe de Estado, que fracasó en casi todo el país, pero que fue particularmente sangriento en Asturias. Mientras tanto, en Cataluña, donde vivía la familia, el presidente de la Generalitat, Lluís Companys, proclamó el Estado catalán dentro de la República Federal Española, aunque esta proclamación fue efímera, ya que el ejército rápidamente suprimió la insurrección. Esos días debieron de ser particularmente angustiosos.

Los años de tensión creciente terminaron por fracturar la convivencia. En 1936 se celebraron elecciones en dos vueltas: el 16 de febrero y el 1 de marzo. La familia temía, como finalmente ocurrió, un gobierno de coalición de las izquierdas con el Partido Nacionalista Vasco (PNV), el llamado Frente Popular. El Frente Popular era manifiestamente anticlerical y estaba formado por radicales y separatistas. Promovió diversos intentos de secularización de la educación. Además, se aumentaron las

autonomías de algunas provincias, como la del País Vasco. El PNV, supuestamente católico y de derechas, pero nacionalista antes que nada, pensaría que había conseguido su objetivo.

Sin embargo, el brote colérico de los anticatólicos provocó que entre el 17 de febrero y el 17 de julio se quemaran 239 iglesias y se profanaran 218. Además, los ataques físicos y verbales hacia los católicos fueron constantes. Entonces, surgieron iniciativas populares, como la de jóvenes requetés que, armados, defendieron los templos de sus ciudades y pueblos. Rechazaban a tiro limpio a las turbas enfurecidas que trataban de quemar más lugares de culto.

Los sucesos de 1936 habían escalado de tal manera en frecuencia y violencia que las preocupaciones de la familia iban en aumento.

La situación era insostenible y muchas personas de derechas llegaron a la conclusión de que la única salida era un golpe militar, que ineludiblemente llevaría a una guerra entre hermanos. El 18 de julio de 1936 se produciría el Alzamiento Nacional, un levantamiento contra el Gobierno republicano del Frente Popular, que daría comienzo a la guerra civil. A finales de agosto de 1936 ya se había asesinado, además de a multitud de civiles, a 2077 sacerdotes, religiosos y obispos, muchos de ellos terriblemente torturados. Antonio Machado lo refleja en este célebre poema:

Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.
Españolito que vienes
al mundo te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

De pronto, España se partió en dos como nunca lo había hecho y ya nadie podía vivir tranquilo. Para entonces, Juan y Maité tenían 7 hijos y residían en Barcelona, ciudad que se convirtió en un bastión del bando republicano. No todos los republicanos eran de extrema izquierda, pero entre sus filas abundaban facciones de comunistas y anarquistas que eran difíciles de gobernar. Así, las familias con ideas políticas de derechas y, en general, la mayor parte de la alta burguesía catalana tuvo que huir si quería mantenerse con vida.

A pesar de ser relativamente joven, el padre de Ignacio se libró de luchar en la guerra al ser responsable de una familia numerosa. Además, él era monárquico y, aun siendo de ideas conservadoras, no era un entusiasta del general Francisco Franco. La familia huyó a Italia y, desde allí, fueron a Sevilla, que desde el comienzo de la guerra estaba controlada por el bando nacional. Cataluña fue, junto a Madrid, la última zona en rendirse a los nacionales, por lo que Ignacio pasó desde los 2 hasta los 5 años en Sevilla.

EL ESPÍRITU DE UNA GENERACIÓN TRUNCADA

El abuelo paterno de Ignacio nunca estuvo interesado en la política, pero el materno sí. Era uno de esos empresarios vascos que trabajaban intensamente, pero, al mismo tiempo, estaban comprometidos con la sociedad y enamorados de su tierra. Fue alcalde de San Sebastián en 1909. Además, Jorge Satrústegui era un entusiasta del deporte y trajo a España importantes competiciones internacionales. Fundó en 1904 el Real Club de Tenis de San Sebastián, que aún perdura. Fundó también la Asociación del Lawn Tenis de España, más tarde Federación Española, de la que fue presidente. De su bolsillo costeó viajes de jugadores españoles para que pudieran participar en la Copa Davis. Fue nombrado presidente honorario de la Sociedad de Fútbol de San Sebastián. Y, en un plano más importante, fue

un avanzado para su época en la defensa de los derechos de los trabajadores, tema que le obsesionaba a él y a su socio y amigo, el segundo marqués de Comillas. Participó en la fundación del Sindicato Católico Obrero de Mineros Españoles e impulsó en las minas de la Sociedad Hullera la construcción de escuelas, sanatorios, cajas de pensiones y jubilaciones. Y esto lo hizo en un momento de la historia de España donde no existía nada parecido ni la legislación lo obligaba. Jorge era, en definitiva, un hombre lleno de virtudes, un hombre sensible hacia los más débiles y que usó su poder e influencia para tratar de defender los ideales cristianos en los que él creía.

Sumamente preocupado por el devenir de los acontecimientos, en noviembre de 1934 fundó *El Diario Vasco* junto a otras personalidades, tratando de influir en la opinión pública. Esa preocupación por la situación que atravesaba el país puede verse en esta carta que escribió a un amigo, preocupado porque recibían presiones para sustituir a los hermanos maristas por maestros laicos en la escuela que había impulsado:

Oportunamente recibí las líneas que me dirigisteis con motivo de mi santo, acto que agradecí mucho, pues era un recuerdo a aquellos años felices en que nos veíamos con frecuencia y podía comprobar vuestro amor a la escuela, base para toda civilización, vuestras victorias y alegrías, aquellas excursiones en el batallón infantil, etc. Al tiempo, ya no nos vemos, yo me voy haciendo viejo, vosotros más hombres, y la pobre Patria desangrándose con atentados, crímenes y, lo que es peor, haciendo nuevas ostentaciones de laicismo, signo de falta de fe y caridad. Que Dios abra los ojos de todos esos incrédulos, debemos pedirlo todos. Solo con que fueran verdaderos creyentes, podría reinar en España una era de paz, trabajo y justicia, en que todos, tratándonos como hermanos, viviríamos felices, el amante al trabajo viendo su porvenir abierto a todas sus aspiraciones e iniciativas, el blando tímido asegurando su jornal, y no como ahora que falta trabajo, las industrias pasan unas crisis enormes y se ven obligadas a

cerrar, y con todo ello la vida se encarece y el desequilibrio entre trabajo y producción es cada vez mayor, y viene el hambre, que es mal consejero.

Pero hay que tener fe en Nuestro Señor. Vosotros sois jóvenes y viviréis días más felices y justos que estos, si no perdéis vuestras creencias y sabéis resistir la ola disolvente y laica que quiere invadirlo todo. No desmayéis por mucho que os persigan, no perdáis el contacto entre vosotros, aunque llegaran a quitarnos el local y tuvieran que retirarse los buenos Hermanos de las escuelas. Resistid como aquellos primeros católicos de Roma que se tenían que reunir en las catacumbas huyendo de sus perseguidores y sufriendo martirio: la fe que tenían, y no perdiéndose, trajo días de esplendor al mundo y justicia social verdadera, y la Iglesia se robusteció.

Esto mismo habrá de ocurrir ahora: Fe y más Fe, oraciones a Nuestro Señor, y sin duda Él nos protegerá.

Los abuelos maternos de Ignacio habían decidido quedarse en San Sebastián, aun teniendo recursos para huir. Durante la República, aunque comprometido con la política, había evitado todo tipo de descalificaciones y estridencias. Pero poco le valieron estos valores para salvar su vida, porque un día fue a por él un grupo de solidarios vascos a su piso en el centro de la ciudad. Fue apresado junto a otros de sus mismas ideas conservadoras.

Recibía en la cárcel cartas de su esposa, María Eugenia Petit de Meurville, que le llevaba su hija Ana María. Un día le dijeron que ya no llevaba más, porque el cuerpo de su padre estaba tirado en la calle junto al cementerio de Polloe. Curiosamente, junto a él fue también fusilado Luis Sierra Bustamante, padre del futuro sacerdote jesuita José Antonio Sierra, que años más tarde trabajaría con Ignacio en Venezuela.

Es justo decir que estos juicios sumarísimos y ejecuciones de personas comprometidas en lo político ocurrieron en un bando y en otro. De todas las guerras posibles, la civil es la más cruel, aquella cuyas heridas tardan más en cicatrizar. Todavía

hoy en España muchas familias siguen alimentando el odio y el rencor hacia los «fachas» o hacia los «rojos» en función del bando que sus ancestros tomaron. Los políticos y periodistas ya no usan estas palabras, pero dicen «este es de ultraderecha» o de «ultraizquierda», cuando en realidad el término va asociado al mismo desprecio. La sociedad occidental sigue generando individuos de pensamiento binario, capaces de categorizar de un plumazo al resto en buenos y malos.

Maité quedó profundamente impactada con el asesinato de su padre. ¿Cómo era posible que hubiesen matado a un hombre tan bueno y que había hecho tanto por su tierra? Sin embargo, la viuda de Jorge, probablemente aconsejada por su marido en esas cartas que se escribían, pidió a sus hijos que perdonasen a los que habían matado a su padre. María Eugenia sabía, como debería saber cualquier cristiano, que el rencor es una de las puertas por las que más fácilmente entra el diablo en el alma. ¡Qué diferente habría sido la vida de sus hijos y nietos si ella hubiera clamado venganza y alimentado el odio hacia los verdugos de su marido! ¡Cuánto aprendizaje para los que hoy, *tuit* tras *tuit* o comentario tras comentario, dan rienda suelta a su resentimiento y calumnian a los que no piensan como ellos!

Maité probablemente no pudo ir a despedirse de su padre. E Ignacio vería a su madre llorar y tratar de sacar lo mejor de aquellas circunstancias, como siempre hacen todas las madres. Pero esas heridas no se curan fácilmente y supuran toda la vida.

Los Galobart se habían afincado en Sevilla, primero en el Hotel Alfonso XIII y luego en un piso. En aquellos primeros años de la guerra, la ciudad quedó bajo el control del bando nacional tras la rápida actuación del general Queipo de Llano en julio de 1936. Se convirtió en un enclave estratégico y en un lugar de cierta estabilidad para la gente de ideas políticas conservadoras, aunque la guerra trajo consigo inevitablemente dificultades económicas y restricciones en la vida cotidiana. La escasez de bienes y el aislamiento comercial afectaron a

empresarios y comerciantes, que tuvieron que adaptarse a un entorno incierto. Juan intentaba sacar a la familia adelante, pero las oportunidades de viajar para hacer negocios eran muy limitadas y no era prudente abandonar a la familia. Un empresario judío americano con el que había trabajado en el pasado le prestó dinero para poder salir del trance, dinero que devolvió al poder restablecerse económicamente una vez terminó la contienda. Y ante la angustia del posible desenlace de la guerra, la familia barajó la posibilidad de abandonar el país e instalarse en Estados Unidos.

En 1937, los Galobart sufrieron otro duro golpe. En el mes de junio vendría al mundo su octava hija, Esperanza, pero moriría a las pocas semanas de nacer. Maité sufrió mucho con la muerte de su hija.

Además de velar por su numerosa familia y de animar a su esposa, Juan estaba muy pendiente de Carmen, su única hermana, y hacía también de tutor de su sobrino Esteban. Carmen, una mujer bellísima, se había casado 22 años antes con el hijo de uno de los principales accionistas de la banca Riva y García. Se conservan fotos de los dos jóvenes, tan elegantes y enamorados, que lo tenían todo para llevar una vida que sería la envidia de muchos. Pero la providencia quiso que su joven marido falleciera poco antes de nacer su hijo, debido a la infección de un grano en el cuello.

Ella decidió vivir austeramente y dedicarse por entero a la educación de su único hijo. Era una mujer devota, generosa y culta. Leía muchísimo y sus sobrinos la recuerdan alegre y servicial, a pesar de las tragedias que tuvo que afrontar. Su hijo Esteban había sido educado en casa, con maestros que venían a impartirle clase. Dominaba ya, además del castellano y el catalán, el inglés y el francés. Y antes de cumplir los 18 años había comenzado los estudios de Derecho. Pero en el espíritu de muchos jóvenes católicos como él, existía una vocación ineludible hacia la defensa de España y de los ideales en los que él había sido educado.

Tanto los de la Riva como los Galobart procedían de humildes orígenes, pero habían hecho fortuna a través del trabajo bien hecho y de asumir ciertos riesgos. No había en la familia grandes intelectuales, pero sí un interés en ser mejores y en cultivar el espíritu. Esos ideales, unidos a la pasión a la que va asociada la juventud, hizo que desde muy joven Esteban coqueteara con las ideas políticas carlistas. Y a través de la lectura, del consejo de algunos amigos y de reuniones de jóvenes indignados por el ataque a la Iglesia, se hizo requeté.

Es difícil a los ojos de hoy en día ponerse en sus zapatos, entender sus anhelos, especialmente en un mundo en el que las ideas de patriotismo, hombría, valentía y, en definitiva, el deber de los jóvenes de defender lo que sus mayores construyeron, se han desdibujado. Stefan Zweig se lamentaba de que «sabemos por experiencia que es mucho más fácil reconstruir los hechos de una época que su atmósfera espiritual». Y esa atmósfera hizo que muchos hombres de corazón noble se alistaran en el ejército, hombres de uno y otro bando. Es también cierto que en la contienda abundó el odio, aunque la mayoría de los combatientes de la guerra civil española fueron obligados y solo sentían miedo y frustración. Los requetés, en cambio, habían sido los primeros en alistarse e iban a la primera línea del frente porque lo consideraron un deber moral. Algunos llaman a estos individuos fanáticos, otros los llaman patriotas. Lo cierto es que las decenas de cartas que Esteban escribió a su madre muestran a un hombre optimista, con una inmensa fe y que no guarda rencor al enemigo.

Su tío Juan trató de convencerlo de que no tomara aquella decisión. Su conciencia, menos exaltada por las emociones patrióticas, le decía que el deber de su sobrino era estar junto a su madre, al ser viuda y solo tenerlo a él. Pero Esteban no le hizo caso. Se alistó en el bando nacional y luchó en el frente.

Falleció en la Batalla del Ebro en 1938. Contaba solo con 21 años de edad. El golpe para su madre fue durísimo. Ella

conservó todas las cartas que le escribió su hijo desde el frente, así como las numerosas condolencias de los compañeros de su Tercio El Alcázar.

DESPUÉS DEL FUEGO, EL HOGAR

Ignacio quiso y admiró mucho a su tía Carmen. Ella se volcó con sus sobrinos, que fueron como hijos. La guerra civil acabó en 1939 y en España se instauró la dictadura del general Franco, que duraría hasta 1975, cuando Ignacio ya estaba en Venezuela. Acabada la guerra, la familia Galobart contaba entonces con diez hijos y decidió volver a su casa de Barcelona, que había sido vandalizada. Allí fueron recuperando, poco a poco, la normalidad.

Los primeros años después de la guerra fueron muy duros para la inmensa mayoría de los españoles, pero la familia de Ignacio tuvo la gran suerte de recomponerse económicamente con rapidez. Juan, que para entonces ya había abandonado el oficio de agente de cambio y bolsa para dedicarse a negocios de importación y exportación de toda clase de productos, retomó sus viajes, principalmente a Nueva York, México, Cuba, Venezuela y Filipinas. A pesar de los elevados gastos que exigía mantener una familia numerosa, parece que a él le fueron bien los negocios. Era un trabajador incansable y su dominio de los idiomas, junto a su esmerada educación, le permitió cerrar diversos acuerdos comerciales. Importaba carne de Venezuela, habanos de Cuba, harina de Canadá; exportaba aceitunas, aceite y muchos otros productos. Tuvo en España la representación de algunas marcas, como la del whisky *Cutty Shark*. En la casa familiar habría, por tanto, buenos habanos y buenos whiskies. Esto puede explicar y, en cierto modo disculpar, la afición de los hermanos Galobart por estos dos productos, casi inseparables. Claro que el padre fue siempre mucho más moderado en su consumo que los hijos, a juzgar por su figura.